

CITA EN SAN PETERSBURGO CON LA VIUDA DE BUGS BUNNY

I

Democracia, Tecnología, Injerencia

La Injerencia Tecnológica en las Presidenciales Norteamericanas—En el subtítulo de la disertación están implicadas tres palabras que requieren cierta matización conceptual para centrarnos en el asunto y evitar malentendidos: *Democracia*, *Tecnología* e *Injerencia*.

No vamos a hablar de toda agresión a la *Democracia*, ni del empleo de cualquier *tecnología*, y sólo con reparos utilizaremos *injerencia* en el sentido usual establecido en el habla común.

Entendiendo *Democracia* como un sistema de gobierno en el que el Poder reside en el Pueblo, que ejerce su soberanía mediante la participación en la toma de decisiones políticas, nos referimos aquí al momento en que esa participación se obstruye mediante la opaca manipulación de la opinión indispensable para ejercerla.

Respecto a *tecnología*, pensemos sólo en ciertos vectores emergentes de la *III Revolución Tecnológica*; concretamente, lo *ADR*, el ámbito que engloba la Inteligencia Artificial, entre cuyas capacidades se halla una formidable habilidad para falsificar la apariencia de la Realidad; el régimen de los Datos digitales, en su condición de espejo virtual de la personalidad, que puede ser alterado, corrompido, usurpado o mercantilizado; y la Robótica, empezando por las legiones de automatismos que abarrotan ya el universo digital.

En cuanto a *injerencia*, sin descartar el entendimiento general como *intromisión*, como *actuación sin habilitación en un negocio o competencia ajenos*, atendamos a un sentido restringido, que tomamos prestado del Derecho Penal: *injerencia* es la actuación del sujeto cuya conducta anterior imprudente o incluso fortuita pone en peligro un bien jurídico y a continuación omite salvarlo de ese peligro creado por él.

Manipulación de la opinión mediante tecnologías emergentes efectuada por alguien que se halla en una posición especial respecto al riesgo generado—Este marco de análisis, lejos de menguar la cifra de conductas típicas, nos muestra una senda casi inexplorada, que considero insoslayable para toda articulación filosófica futura de *Democracia*: la responsabilidad por las omisiones, especialmente la responsabilidad de aquéllos señalados como *garantes* del bien jurídico que se halla en peligro.

No hay novedad alguna en hablar de esta subcategoría de las agresiones contra la *Democracia*. Está bien documentado, por ejemplo, el *Project Lakhta*, del que hablaré más adelante. Y esquemas similares se han replicado en Europa con *Project Kylo*, mediante ataques específicos en distintos niveles de participación democrática, algunos consumados, otros interceptados en

fase de amago.

Oficialmente se han especificado ya, por ejemplo, casos de responsabilidad omisiva en el ámbito de las *Redes Sociales*. Entre otras instancias, lo establece la *Comisión Europea* en sus informes anuales relativos al *Código Reforzado de Buenas Prácticas sobre Desinformación* y su lista de vulneraciones del *Reglamento de Servicios Digitales*.

Dicho eso, focalicémonos en la amenaza que se cierne hoy sobre la *Democracia* estadounidense, basada en un sistema de libertades bajo el imperio de la Ley, que tanto apreciamos no sólo por su duradera influencia política, económica, científica o cultural, sino por haber servido también de modelo y referencia para la fundación de la mayoría de las *Democracias* occidentales.

A primera vista, estamos ante tres vértices inestables de una especie de *Triángulo de las Bermudas* donde esa *Democracia*, mediante la manipulación tecnológica de la opinión, corre actualmente el riesgo de extraviarse: la propaganda rusa; el movimiento *Maga*, y la oligarquía *libertarian*.

II

La Propaganda Rusa

Hablo de *propaganda rusa*, asumiendo la expresión convencional, aunque me disguste, por no hablar de *propaganda pro-Putin*, que obliga a efectuar menciones *ad hominem*, siempre problemáticas.

No todos los rusos, ni muchísimo menos, suscriben esa propaganda política, y hay *propagandas rusas* que yo gustosamente consumo. Me encanta la propaganda literaria de Antón Chéjov, y la propaganda cinematográfica de Andréi Tarkovski, me fascina la propaganda musical de Dmitri Shostakovich.

Hay otras injerencias tecnológicas importantes: notablemente, la china, cuyos automatismos parecen tener el don de la ubicuidad; menos extensa, pero mucho más intensa y exitosa en sus objetivos, la injerencia iraní. Sin embargo, la más dañina ahora para Occidente es la *propaganda rusa*, que se ejecuta por varias vías.

El espionaje es un modo clásico. La vertiente militar del espionaje sigue teniendo su rol, pero ahora les importa más la infiltración en firmas tecnológicas, en entidades financieras, en compañías nacionalmente estratégicas, por no hablar de las multinacionales, tanto para obtención de información como para el sabotaje.

Operan asimismo comprando opinión. Pagan a *influencers* extremistas y agitadores antisistema, directamente, o por alguna empresa interpuesta, como *Tenet Media* que, hasta hace pocas semanas, recibía ingentes cantidades de dinero de la agencia estatal rusa de noticias, *Russia Today*, a fin de sostener el aluvión de opinión estocástica provocado por una docena de presentadores, comentaristas y blogueros norteamericanos, a razón de 100.000

dólares semanales por cabeza.

Compran opinión también colocando, en el equipo editorial de diarios y revistas prestigiosas, personalidades que pueden resultar afines, o corrompiendo a políticos en el ejercicio de un cargo institucional, como se intuye que sucede con algunos congresistas norteamericanos, que infatigablemente, de manera totalmente inexplicable, cacarean las narrativas del Kremlin por muy antiamericanas que sean.

Otra vía es el cibercrimen. A fin de perjudicar la campaña de Hillary Clinton en 2016, con el *Project Lakhta* se forjaron múltiples falsificaciones, se piratearon ordenadores, se jaquearon redes que afectaban a la Seguridad Nacional; y se cometieron delitos informáticos contra Demócratas, funcionarios, juntas electorales y compañías tecnológicas.

Apoyada por las distorsiones de medios confabulados con Donald Trump, como el *National Enquirer*, desde una granja de bot/trols en San Petersburgo se crearon miles de cuentas aparentemente norteamericanas que apoyaban a grupos políticos radicales; promovían eventos en apoyo de Trump y planeaban acciones contra Clinton, difundiendo desinformación que llegó a millones de usuarios de *Redes Sociales*.

En este sentido, a día de hoy hay gabinetes gubernamentales rusos que practican la guerra ideológica de desinformación contra Occidente, pero la mayor parte de las tareas se ha externalizado en una docena de empresas, que gustan de autodenominarse *Ejército Digital Ruso*.

La revelación de documentos a *Delfi Estonia* (cabecera de prensa muy popular en el Báltico) y medios alemanes como *Süddeutsche Zeitung*, nos ha permitido conocer la operativa de una de estas empresas—*Social Design Agency (SDA)*—.

Está integrada por un elenco de profesionales cualificados: hay *ideólogos*, especialistas en Política y Relaciones Internacionales; hay *comentaristas*, usualmente aprendices de escritor; y hay *cuentistas*, mentes imaginativas en la creación y desarrollo de narrativas alternativas (vgr. el bulo del secuestro de niños por parte de Ucrania, que encontró considerable eco en ciertos medios occidentales).

Hay *dibujantes y caricaturistas*, y también hay *creadores multimedia*, con talento para confeccionar un video, retocar una fotografía, inventar un diagrama, elaborar un meme; además de *expertos IA*; y la media docena de personas con más trienios en la empresa, *los granjeros de trols*.

Su actividad poco se distingue de lo que hace una agencia publicitaria madrileña, salvo que su especialidad es la guerra psicológica sostenida en campañas electorales extranjeras. Durante el año corriente (2024), *SDA* ha estado focalizada en las elecciones al Parlamento Europeo (incluida España); otras elecciones domésticas (como las británicas, las legislativas francesas, o algunas regionales alemanas) y, por supuesto, las presidenciales norteamericanas.

Sabemos que su jefe, Ilya Gambashidze, trata frecuentemente con estrechos colaboradores de Vladimir Putin, como Sergei Kiriyenko, ex primer ministro, o Sofia Zakharova (jefa del *Ala*

Oeste del Kremlin), con quienes discute proyectos y presupuestos, ajusta planes, analiza indicadores claves de rendimiento. Cuando vuelve a su oficina, da instrucciones a su equipo como haría cualquier otro ejecutivo; por ejemplo, esta orden dirigida a su especialista en política alemana:

Escriba un comentario de una mujer alemana de 38 años que cree que Alemania está perdiendo su principal fuente de ingresos: la industria y una economía fuerte. “¡Debemos dejar de desperdiciar dinero en Ucrania y volver a la energía rusa barata!”.

De los documentos filtrados se deduce, por ejemplo, que el apoyo de esta firma a la *Alternative für Deutschland* en las Elecciones Europeas (y, recientemente, en las regionales de Baviera) se efectuó de forma tan intensa y eficiente que ese empleado ruso de SDA llegó a ser nombrado por los neonazis alemanes jefe adjunto en sus gabinetes estratégicos de campaña.

No puede decirse que estas *tropas ideológicas* no se esfuercen por merecer unos salarios dignos. La dimensión productiva de su actividad de desinformación resulta asombrosa. En el primer cuatrimestre de 2024, esta empresa por sí sola generó en *Redes Sociales* 34 millones de comentarios—200 por minuto, 24/7—y 40.000 unidades de contenido, incluidos casi 5.000 vídeos y 2.500 memes y gráficos. Todo ello, por supuesto, falso.

III

El Movimiento *Maga*

Mucho se ha hablado del movimiento *Maga*, acrónimo de *Make America Great Again*. Durante mi estancia en las *Redes Sociales*, me tomé la molestia de intentar entenderles, o al menos dejar constancia de primera mano, sin intermediarios, de quiénes son y cómo piensan.

Gran parte de las interacciones de la ultraderecha norteamericana en *Redes Sociales* no se halla en *Twitter/X*, durante años percibida por *Maga* como sumisa a la ideología liberal. Otros son los vehículos comunicativos, que replican la estructura y operativa de las plataformas exitosas como *Wasap*, *YouTube*, *Facebook*, *Twitter*; los clones *Maga* se llaman *Gab*, *Rumble*, *MeWe*, las mensajerías *Signal* y *Telegram*, o *Zello*, aplicación de *walkie-talkie* por Internet que al parecer trae de cabeza a los *fibbies*, los agentes del FBI.

Truth Social, propiedad de Trump, continuamente en peligro de enfilarse la quiebra financiera, nunca ha llegado a cuajar, a pesar de contar con el plácet de los *Q-Anon*, facción para quien todos los males de nuestros días provienen de una conspiración internacional de traficantes de niños; en su versión más truculenta, un contubernio de pedófilos caníbales.

Charlar con ellos implica corroborar la capacidad de la mente humana para ajustar la factualidad a una creencia predeterminada, vinculando fenómenos que objetivamente carecen

de relación. El *sumum* de esta mentalidad es su gran fetiche, en donde todo aparenta cobrar sentido: el *Great Awakening Map* (GAM, del que hay varias versiones), esquema que pretende relacionar cientos de hechos y teorías en un monstruoso apelotonamiento conspiracionista.

Lo no identificable nítidamente como perteneciente al mundo *Maga* es fulminado como expresión del *Uniparty*—el despreciado sistema político tradicional, donde incluyen no sólo a *progressives*, *liberals* y centristas, sino también, a Republicanos y otros conservadores que no se avienen a los dogmas *Maga*—a estos últimos suelen apodarles, despectivamente, *Rino* (*Republicans in name only*), tildándolos de ser derechistas de pacotilla.

En esas redes, apenas moderadas salvo para señalar a traidores y expulsar a intrusos, se airean sin censura teorías conspiratorias que incitan a la violencia o, directamente, excitan a la revuelta sediciosa, como *Stop the Steal*.

La injerencia tecnológica infligida por *Maga* en estas *Redes Sociales*, orientada a manipular la opinión, se especifica en un férreo y opaco control de sus estructuras y operativas: sesgan los algoritmos; obstaculizan el discurso del adversario mediante especificaciones técnicas y procedimientos de validación que sólo se aligeran si se utilizan canales *tribales*.

Inculcan en elementos adventicios, como los anuncios publicitarios, su opinión *editorial* a fin de preconstituir la legitimidad de acciones ilegales, por ejemplo, en el recuento de votos—algo que yo, personalmente, vengo observando desde hace un par de semanas en *Gab* respecto al estado de Georgia, donde la legislatura estatal, dominada por *Maga*, acaba de decir que, sea cual sea el resultado que ofrezcan las máquinas de conteo de votos, se realizará un recuento manual, fomentando las tácticas y estrategias conspiracionistas.

Dejemos anotado que en EEUU el Presidente no es elegido por el voto popular, sino por un colegio electoral donde cada estado aporta sus votos de conformidad con el principio *winner-take-all*. Hay estados sólidamente enraizados como Republicanos, otros como Demócratas, pero hay algunos que históricamente han alternado sus preferencias electorales (*swing states*)—y es ahí donde, cada vez que hay una lucha reñida, se focalizan los esfuerzos de las campañas, y también los riesgos de manipulación de la opinión.

De los 538 votos del colegio electoral, se estima que hay 94 actualmente en juego, los correspondientes a Pennsylvania, Georgia, North Carolina, Michigan, Arizona, Wisconsin y Nevada, además del Distrito 2º de Nebraska, que da un escaño (una excepción: al igual que el estado de Maine, puede repartir votos entre ambas candidaturas)—Nebraska es un estado sólidamente republicano, pero en su ciudad más importante (Omaha) en alguna ocasión han ganado ya los Demócratas.

¿Cuál es la ideología de los *Maga*?

En su discurso late un libertarismo de frontera que se halla en la raíz de la nación. Pueden citarse además el fascismo o el nazismo, de los que ignoran las razones históricas que los causaron, así como la actualización del pensamiento *Posse Comitatus*, a fin de promover una identidad

cristiana filtrada y expurgada a su conveniencia, un nacionalismo antiglobalista, un capitalismo económico salvaje y la doctrina del *Sovereign Citizens*, donde el individuo sólo está sometido al *common law*—esto es: la costumbre reiterada y afirmada por la jurisprudencia.

Cualquier norma jurídica que no provenga directamente de la *Law of the Land*, como sucede con la gran mayoría de leyes parlamentarias, decretos y reglamentos ejecutivos y sentencias judiciales, les resulta sospechosa. El imperio de la Ley (*the rule of law*) no es más que el gran grillete que, de modo humillante, el Estado impone al hombre ordinario para sojuzgarlo. Aunque citan profusamente la *Constitution* para conservar sus armas (*II Amendment*), en el fondo la aborrecen.

Para estos norteamericanos que se sienten acorralados por muchas de las manifestaciones socioculturales de nuestra época, en su incesante lucha contra todo en defensa de su libertad personal, que proclaman absoluta, la luz del *outsider* locuaz, intrépido y atractivo alcanza un resplandor icónico. Donald Trump ha representado la apoteosis real de una quimera ya bicentenaria.

En *Twitter/X*, *Maga* se ha ceñido a repetir un mantra, casi por desdeñosa obligación, sin molestarse en intentar convencer a la otra tribu. Según esta narrativa, Donald J. Trump, *gentleman* admirable, ha sido el legítimo presidente de la nación durante el cuatrienio 2021/2024. Los intentos de deslustrar su figura, incluyendo las investigaciones penales, han obedecido a una persecución política instada por las fuerzas oscuras (*Deep State*), los medios liberales (*CNN*, *NYT*) y los socialistas infiltrados en el *Departamento de Justicia*, cuyo fin es destruir América.

Para *Maga*, Joe Biden, el usurpador, el capo senil de una familia de criminales que urden sucios negocios con la escoria, ha convertido el país en una república bananera. Los insurrectos del asalto al Capitolio en *January 6th* no son más que excelentes patriotas. Los Demócratas no saben tratar con China; nada hacen para contener la inmigración ilegal, y fomentan una administración de *Justicia* de doble rasero. Adoctrinan a las nuevas generaciones en el comunismo y el ateísmo, en la fantasmagoría de lo *woke* y en la normalización de esa monstruosidad que son las *drag-queen*.

Para *Maga*, las ciudades que gobiernan los Demócratas están infestadas de criminales y drogadictos. La crisis climática es una patraña liberal. *¿Por qué coño tenemos que solidarizarnos con Ucrania?* Habría que clausurar los medios *mainstream*, recuperar la integridad de los procesos electorales y considerar seriamente elevar a los veintiún años la edad para votar.

Este es el discurso que *Maga* ha propalado diariamente durante el último cuatrienio a través de personajes notorios, como Ron DeSantis, gobernador de Florida; Ted Cruz, senador por Texas, Sarah Huckabee Sanders, gobernadora de Arkansas; Marjorie Taylor Greene, congresista por Georgia; o J.D. Vance, senador por Ohio y candidato republicano a la vicepresidencia.

Todos ellos comparten una característica posmoderna de la Política, como es la difuminación de la frontera entre cargo institucional y comentarista u opinador, hasta el punto de que, por lo que dicen y cómo lo dicen, a menudo resulta arduo diferenciarlos de figuras estelares de los medios de comunicación conservadores, como Sean Hannity o Laura Ingraham, o incluso de activistas como Amy Kremer, que lidera *Women for Trump*, o Tina Descovich, al frente de *Moms for Liberty*.

Donald Trump no es un político *Maga*; es otra cosa, un oportunista sin escrúpulos que aprovechó su oportunidad. Si pierde, clamará que le han robado las elecciones, azuzando una agitación social que no llegará a mayores. En caso de que el juez Merchán le condene a cárcel en el *Hush Money Case*, escenario altamente probable, se exiliará, llegará a un acuerdo con el *Departamento de Justicia* o buscará el perdón presidencial de Harris.

Si gana, veremos a un Trump mucho menos predispuesto al Caos, que fue el signo de su primera Administración. Las alianzas suscritas con *Maga*, con la oligarquía *libertarian* y con Vladimir Putin coartarán su acción de gobierno; y ya se está especulando con la existencia de un documento, con un minucioso protocolo de actuación, para que ceda el mando a su vicepresidente, J.D.Vance, a mitad del mandato, en 2026, cuando haya cumplido 80 años.

Está bien mencionar los personajes notorios, pero ¿quién vota a los candidatos *Maga*, no sólo en las presidenciales, sino en las legislativas estatales, en las municipales, a la hora de elegir al juez o al sheriff del condado?

Haciendo abstracción de las dicotomías geográficas, raciales o de género, siempre relevantes en EEUU, y según el grado de afinidad con *Maga*, podríamos diferenciar hasta cuatro corrientes ideológicas.

Hay una base electoral propiamente *trumpiana*, integrada por gente intelectualmente inmadura, carente de capacidad crítica y, por tanto, fácilmente manipulable. Para ellos, Donald J. Trump supone la encarnación de *Justicia*, al modo en que los monarcas lo eran en la Edad Media. Su autoridad, de índole carismática, proviene de Dios, y todo lo que haga resulta infalible e inefable: un ciudadano ordinario jamás podrá discernir los intrincados meandros de la Divina Providencia.

Están quienes podemos denominar, en una expresión que no les ofende—incluso, en español, les hace gracia—, *los patriotas por cojones*. Sus señas de identidad se asientan en un acendrado sentido de pertenencia a la historia de su país, a sus símbolos, a una ideología de la acción que desde Europa suele ser descrita como *imperialista*. Ahí destacan—no por su número, sino por la índole de su actividad— las milicias: los *Proud Boys*, que promueven la supremacía de la raza blanca y, de conformidad con su credo de perfeccionamiento personal, implícitamente la misoginia; los *Oath Keepers* y los *Three Percenters*, armados hasta los dientes, y otras ramificaciones que pueden alcanzar esporádica relevancia, como los *Patriot Front*.

Conformando el grupo más populoso, se hallan ahora todos aquéllos que, por diversos

motivos, reprueban las políticas liberales. No creen en *Maga*, pero se sienten cómodos enfrentados al adversario liberal. Suelen ser personas que se autodefinen mediante el rechazo y la exclusión de lo que detestan. Ante la carencia de una estrategia eficaz por parte de los elementos moderados del *Partido Republicano* para combatir lo *woke*, circunstancialmente están prestando sus votos a *Maga*.

La cuarta fracción de su electorado son individuos caracterizados tanto por la apatía política como por el celo en la preservación de su personal estilo de vida, cualquier cosa que sea lo que ello casuísticamente signifique. Tienen una idea absolutista de la libertad personal, y la simple noción de *bien común* les parece un chiste. Les importa poco qué tipo de gobierno haya con tal de que lo suyo vaya bien—su negocio, su familia, sus hábitos y costumbres. Votarán contra los Demócratas el 5 de Noviembre siguiendo una consigna hedonista: *con Trump vivíamos mejor*.

IV

La Oligarquía *Libertarian*

Quien maneja esta trama es un puñado de oligarcas *libertarian* a quien *Maga* vale de pretexto para tratar de imponer un entorno socioeconómico anarcocapitalista en EEUU y, por extensión, en el resto del mundo, que sirva a sus excluyentes intereses.

Impulsados por la egolatría, la codicia y el afán de Poder, no reconocen más autoridad que sus designios de triunfo, despreciando la moral ordinaria como un manual de supervivencia para seres inferiores.

Valoran que Trump haya sido un ariete eficaz, un charlatán que ha atraído la atención sobre su gesticulante persona; una vez fuera de foco, se desligarán de él desdeñosamente, reemplazándolo por nuevas figuras surgiendo sobre la pasarela política tras haber aprendido las lecciones de este último cuatrienio y estar mejor adaptadas al nuevo *zeitgeist*—vgr. J.D.Vance, que acaba de cumplir 40 años, y aunque todavía es un hombre incierto, como político se trata de un *Maga* ideológicamente puro.

Este clan carece de estructura y, en muchas ocasiones, se mueve por impulsos irracionales: por viejas supersticiones familiares, por algún refrán que, de pronto, alcanza categoría de regla moral, por afectos y rivalidades personales. La posición y función de cada miembro están fluctuando continuamente, como las moléculas de un elemento gaseoso, pero hay roles bien establecidos, que suelen desempeñar figuras adláteres—no pertenecen por derecho propio, pero están estrechamente vinculadas al clan—; mencionaré tres: los *gatekeepers*, los *enablers* y los *fixers*.

Podemos definir *gatekeeper* como el cancerbero que controla el acceso y la colocación de recursos humanos en una estructura política. Un ejemplo insigne es Leonard Leo, al frente

de *Federalist Society*, que ha logrado acomodar, en cada rincón de la nación, jueces afectos a una concepción reaccionaria del Derecho que pasa por la interpretación inflexible y originalista de los preceptos constitucionales.

La gran mayoría de jueces nombrados por Trump para los tribunales federales de apelación estuvieron vinculados en algún momento a *Federalist Society*, asociación infiltrada como ninguna otra en el ecosistema jurídico norteamericano desde la raíz, con sus células capitulares en más de doscientas Facultades de Derecho.

Tenemos asimismo un círculo de personas influyentes que auspician, facilitan o toleran las agresiones contra la Democracia—allí les llaman *enablers*; nosotros podríamos hablar de *consentidores*, pero también *injerentes*, como responsables de omisión antes riesgos que ellos mismos han provocado.

Dejando aparte al *Partido Republicano*, el gran factótum histórico de la política nacional, ahora sumido en la anarquía, podemos indicar como el gran *enabler* a la judicatura afín a *Maga* y, sobre todo, a SCOTUS. Su radicalización se ha ido fraguando desde el nombramiento de John Roberts como *Chief Justice* (2005); se agudizó con diversas resoluciones y nominaciones, y cristalizó con la revocación de la jurisprudencia sobre el derecho al aborto establecida en *Roe vs. Wade*—una contrarreforma pergeñada, no lo olvidemos, con los votos favorables de magistrados a quienes el *Senado* había otorgado el visto bueno tras declarar bajo juramento que jamás lo harían.

Durante el primer semestre de 2024, ha alcanzado visos incendiarios en una serie de resoluciones cuyo corolario ha sido el *ruling* (pronunciado el 1 de Julio) sobre inmunidad presidencial respecto a cuatro imputaciones contra Trump por su actuación en el intento de asalto al Capitolio en *January 6th*, en el caso que lleva el Fiscal Especial Jack Smith.

En ese *ruling*, ciertamente excepcional, no se buscó otra cosa que entreabrir la puerta del país a un régimen despótico. Afortunadamente, futuras formaciones de SCOTUS dispondrán de las opiniones de las tres magistradas en minoría reflejando el amargo sentir, la frustración de muchos juristas norteamericanos, que siguen defendiendo su *Constitution* como un hito esencial frente a la barbarie autoritaria, con el ya célebre colofón de Sonia Sotomayor: *With fear for our democracy, I dissent*.

A ello se añaden las revelaciones sobre conducta inapropiada en materia de regalos ofrecidos por potentados y corporaciones con litigios pendientes en el tribunal, mantenida durante años por Clarence Thomas (alrededor de cinco millones de dólares) y, en menor medida, por Samuel Alito; ambos asimismo bajo sospecha sobre su compromiso con el sistema constitucional vigente, no sólo por sus opiniones en SCOTUS, sino por la estrecha vinculación de Thomas con multimillonarios trumpistas, a quienes secretamente ha asesorado, y la bochornosa actitud de Alito ordenando o permitiendo que la bandera nacional ondeara bocabajo en su jardín, signo inequívoco de simpatía hacia los insurrectos.

Por vez primera desde la constitución de SCOTUS (1789), diversos sectores exigieron

la elaboración de un severo código ético-deontológico—urgente pero desdeñosamente autorregulado el 13 de noviembre de 2023, a semejanza del aplicado a los jueces federales, como señala el *Commentary* agregado al texto de sus cinco *Canon*. Dada la dimensión del escándalo, ello no bastó, y han ido surgiendo iniciativas de políticos y académicos en orden a reformar radicalmente el tribunal, insistiendo en la urgencia de ampliar el número de miembros (9 desde 1869)—se proponen 13, para igualar la cifra de los circuitos federales de apelación—así como acotar temporalmente su mandato, en principio vitalicio.

La oligarquía *libertarian*, financieramente opulenta, está coadyuvada por algunos tecnólogos afortunados, que realizan tareas indispensables para las que el clan resulta manifiestamente incompetente. Mientras los *gatekeepers* buscan alterar la sociología del Poder mediante el proselitismo, y los *enablers* modifican los fundamentos del Ordenamiento Jurídico, los *fixers* ponen sus tecnologías, por ejemplo, al servicio del encarrilamiento de la Opinión Pública.

De entre los miembros de este subgrupo, cabe destacar una pandilla con ínfulas mesiánicas y pretensión de encarnar la criatura naturalmente superior: ese atractivo macho ario, astutamente inteligente, económicamente independiente, moralmente soberano, que en su mentalidad infantiloides asocian a *Bugs Bunny*—*What's up, Doc?* (¿Qué hay de nuevo, viejo?).

Se trata de cuatro cincuentones de raza blanca, que comparten remembranzas similares de una dulce infancia, cuando veían en la tele los dibujos animados que llegaban de Norteamérica y luego salían a jugar, sólo con sus iguales, en los patios traseros de los barrios acomodados de las grandes urbes sudafricanas, todavía bajo la estela ideológica del régimen racista del *apartheid*.

Es Paul Furber, un oscuro informático que se halla en la raíz del conspiracionismo de los *Q-Anon*. Es David Sacks, un *business angel* 24/7 que diligentemente repara los estropicios empresariales de Trump y algunos políticos *Maga*. Es, notablemente, Peter Thiel, cuya familia, con fuertes inversiones en la minería del uranio, fue clave en el empeño del régimen sudafricano por fabricar armas nucleares; y, en la actualidad, es el prohombre entre bambalinas que, desde *Heritage Foundation*, ha promovido la contrarreforma de *Project 2025* y, a cambio de lanzar un salvavidas a Trump, no sólo financieramente, ha colocado a uno de sus delfines, J.D. Vance, en el tique electoral republicano como candidato a la vicepresidencia.

Y es, por supuesto, Elon Musk, el predestinado a convertirse en *Bugs Bunny*V.2. El inconveniente es que los estadounidenses no creen ya en dibujos animados desde cierto día de septiembre de infausta memoria; y, por tanto, trata de usurpar el legado de cierta idea ingenua de una América virginal que ya no existe y, en lucha contra otros muchos aspirantes, convertirse en su legítima viuda.

Durante mi estancia en *Twitter/X*, he podido observar las transformaciones adoptadas por el nuevo propietario, algunas razonables, otras incomprensibles, pero todas

con un cuño intervencionista, un designio de interferencia en la cháchara global que se articula mediante modificaciones técnicas.

Elon Musk ha sesgado severamente el algoritmo de la plataforma: muchos perfiles liberales exitosos han visto cómo se ha hundido abruptamente, sin justificación plausible alguna, su coeficiente de *engagement*. Elon Musk ha suspendido o cancelado cuentas *liberals* por lenguaje inapropiado o incitación a la violencia, cuando no ha aplicado el mismo rasero al troleo agresivo procedente de *Maga*. Elon Musk ha fomentado que se tergiversen flagrantemente las *Notas de Comunidad*.

Elon Musk tolera la proliferación masiva de etiquetas sin consistencia real con el fin de apuntalar acciones desestabilizadoras, como el caso recurrente de *#stockmarketcrash*, o las *caravans of criminals* cruzando la frontera sureña. Elon Musk facilita la impunidad de *Maga* para propalar bulos de burdo odio racista y denigrar a políticos no afines, con especial virulencia hacia los republicanos moderados. Sistemáticamente, Elon Musk trata de silenciar informaciones perjudiciales para los otros protagonistas de esta trama.

Además, se ha alineado explícitamente con quienes siembran el germen de la discordia afirmando, por ejemplo, respecto a varios países y situaciones, como si para él fuese una condición natural latente en cada sociedad, que *la Guerra Civil es inevitable*.

En su día muchos se preguntaron para qué quería comprar *Twitter* Elon Musk; ahora lo sabemos: para explotarlo como un lupanar donde prostituir la libertad de expresión.

V

A Modo de Conclusión

En el curso de esta investigación, realicé un experimento (no recogido en el texto final de *El Estadista*, como tampoco otras partes de esta exposición): creé varios perfiles ficticios en la plataforma *Gab*; perfiles efímeros (un par de días como máximo), a fin de observar cuál era la reacción de aceptación o rechazo de otros usuarios.

Pues bien, el perfil más exitoso no fue el de aquella señora estupenda empuñando un fusil de asalto *AR-15*; ni el de un texano lanzando soflamas contra la inmigración ilegal; ni el de aquella funcionaria federal que hablaba de una supuesta confabulación de los liberales para robar a manos llenas con la excusa del *Cambio Climático*.

La impostura que brilló en *Gab* fue una cuenta a nombre de un tal *Junior Booth*, profesor de Historia, experto en la vida de Mary Surrat, que mostraba en su foto de perfil el dibujo borroso de un palco de teatro. ¿Por qué este perfil concreto, aparentemente tan insulso, atrajo la atención?

Porque otro *Booth*, John Wilkes Booth, actor y espía confederado, fue quien asesinó a *Abraham Lincoln* (en inglés), el 16° Presidente de los EEUU—que nosotros conocemos como *Abraham Lincoln* (en castellano); y uno de los cómplices de este *Booth* asesino, la primera mujer en ser

ejecutada por el gobierno federal (1865), colgada en la horca, fue precisamente Mary Surrat.

Aunque a muchos europeos nos parezca increíble, millones de norteamericanos siguen sin perdonar a Abraham Lincoln, ese republicano moderado. No le perdonan por varias razones, pero principalmente por sus ideas de *Democracia* y *Justicia*, que articuló desde su juventud; así, en el discurso *The Perpetuation of Our Political Institutions*, conocido también como *Lyceum Address*, pronunciado durante una gélida tarde sabatina de enero de 1838 en Springfield (Ohio)—en la misma ciudad donde J.D.Vance, ohionés nacido en Middletown (a 53 millas de Springfield), está diciendo ahora, casi dos siglos después, que los inmigrantes haitianos se comen los perros y los gatos de los norteamericanos.

Por entonces, Lincoln no era más que un *prairie lawyer*, un abogado de 28 años que pasaba largas horas a lomos de su caballo, galopando a veces a rienda suelta para poder atender adecuadamente a sus clientes, que vivían desperdigados por las vastas extensiones de las praderas de Illinois.

En ese discurso advierte ya contra lo que da en llamar el *mobocratic spirit*—la pulsión de erradicar en uno mismo todo rasgo individual a fin de transformarse en un engendro indiferenciado de la chusma. Ahí Abraham Lincoln defiende una *Justicia* no encadenada al vaivén de las emociones, sino instalada en la serena, razonada consideración de la Ley; y ahí, de manera firme, aboga por un sistema político basado en el principio fundamental de que los ciudadanos se gobiernen por sí mismos, sin necesidad de un tirano.

Gracias.

Octubre 9, 2024